

## Avelino

Desde el principio de curso se estuvo preparando para el evento. Faltaban dos meses, pero la curiosidad, la ilusión y la esperanza de poder estar con ella, le ocupaban muchas horas del día y le robaban gran parte de las de la noche. En sueños la veía con un vestido azul claro, el pelo suelto y ondulado, mirándole con ojos soñadores. La besaría. Si era necesario le robaría un beso.



Sería la primera vez que acariciara a una chica. ¿Cómo sabrían sus besos? Seguro que su dulzura y suavidad no se parecía a nada de lo que conocía.

Cada día tenía que andar más de cinco kilómetros para llegar al Instituto. No era buen estudiante, pero iba sacando los cursos como podía. La verdad es que faltaba a menudo, cuando una vaca, o una mula, o la cerda se ponían de parto y tenía que ayudar a su abuelo. O cuando había que trabajar los campos... Se podía decir que tenía poco tiempo para dedicárselo a los libros.

Lino, así le llamaban, creía que la mejor escuela la tenía allí, si se dedicaba a observar detenidamente todo lo que la naturaleza había puesto a su alcance: las plantas, los árboles, los diferentes tipos de animales y hasta el arroyuelo que fluía alegremente a escasos metros de la humilde casa de adobe. Además, tenía a su disposición la sabiduría de su octogenario abuelo.

Cuando cumplió los doce, su primera recomendación fue: “Hijo mío, procura llevarte bien con todo el mundo. Que todos te busquen y que si los necesitas, ¡ojala no!, corran en tu ayuda. Sé honesto, prudente, discreto... un hombre cabal; que si te tienen en su boca sea para bien; no hables mal de nadie..., que todos confíen en tu palabra; alíate con los débiles, tus hermanos; sé humilde, no des motivos para que te envidien...” Su abuelo Aureliano era toda su familia. El anciano se hizo cargo del niño cuando sus padres se fueron a conocer otros mundos, sin billete de retorno.

Con la llegada de las primeras nieves se organizó la matanza. Mati era la gocha a la que habían estado cebando para el sacrificio. Era costumbre que los vecinos se ayudaran unos a otros en idénticas circunstancias. Ese día sería una celebración, sino fuera por el martirio del cerdo y sus horrendos chillidos. Las artesas se llenaban

rápidamente... Luego, había que adobar la carne para embutir las tripas y hacer chorizos o salchichas, la sangre para las morcillas... Salar el tocino...

Eran afortunados. No tenían grandes posesiones, pero sí lo suficiente para vivir rodeados de unos buenos paisanos.

Lino fue a recoger el traje y la camisa planchados a casa de la señora Patro, la encargada de tales menesteres en aquella aldea fronteriza. Colgó todo de una viga para que no se arrugara. Se durmió contemplándolo y soñando con el día siguiente, Nochevieja. A sus diecisiete años ésta sería la primera fiesta a la que acudiría. Su abuelo le había dado permiso a condición de que volviera con los chicos del cabrero, más mayores que él, para no tener que hacer solo el camino entre bosques y montes.

El día amaneció con niebla; una niebla espesa que envolvía todo, que ocultaba todo; en el valle era tan baja que parecía querer besar el suelo. Cuando levantó, apareció un sol de invierno esplendoroso; ese que acaricia cálidamente a pesar de su lejanía.

Después de cenar, como de costumbre, el abuelo se sentó junto el hogar y encendió una pipa. Lino se acercó a darle las buenas noches y a decirle que ya se iba. Estaba dormido. “¡Abuelo, abuelo!”, llamó... El viejo no reaccionó. Le zarandó y la cachimba rodó por el suelo; la mano que la sujetaba, inerte, quedó suspendida en el aire. “Abuelo, abuelo, ¡no me dejes solo!, ¡no me abandones tú también!”

Le abrazó; le besó una, y otra, y otra vez. Lino lloró desconsoladamente durante horas. Se olvidó de todo... de la fiesta, de su primer baile, de su primer beso, de su dulzura... El nuevo año le encontró así, acurrucado, abrazado a las piernas de su abuelo, con la cabeza apoyada en su regazo.

Flor Cuesta

20 Diciembre 2012